



El Gran Cairo.



CAPÍTULO VI.

EL CAIRO.—CARAVANA DE LA MECA.

EL Cairo es la capital del Egipto y residencia del vi-
rey, y la ciudad mas considerable del imperio otoma-
no despues de Constantinopla: tiene de circunferencia
mas de veinticinco mil varas. Está rodeada de colinas
polvorosas, formadas con los escombros de las cons-
trucciones frágiles de los egipcios modernos. Saladi-
no la amuralló y la flanqueó con torres; pero hoy so-
lo quedan algunos restos: un canal la atraviesa de un
lado á otro: el Cairo tiene como treinta mil casas y
trescientos mil habitantes, los que viven separados en
varios cuarteles destinados á cada religion ó secta; así
es que hay cuartel para los griegos, para los judíos,

011107

para los armenios etc. Las calles, como todas las de las ciudades musulmanas, son tortuosas, grandes y chicas, atravesadas por callejones de una ó dos varas de ancho y por calles cerradas. Tiene cuatro plazas principales y muchos bazares, en los que se encuentran las ricas telas de Bengala, los chales de cachemira, los tejidos de seda de Florencia, los paños de Francia, los tapices y diamantes de Persia, los dientes de elefantes y las plumas de avestruz de Etiopía, la azúcar de Egipto, el incienso del Yemen, las porcelanas de China y del Japon, las babuchas de Constantinopla, el hierro de Suecia y las perlas del oceano Indico.

Hay en el Cairo cuatrocientas mezquitas, de las que muchas están arruinadas: los cristianos de diversas sectas tienen como treinta iglesias ó capillas, y los judíos cuentan varias sinagogas. Los judíos del Cairo habitan, como en casi todo el Oriente, el cuartel mas mal edificado, mas sucio y mas enfermizo; calles angostas, casas en que casi se tocan los techos, puertas bajas por las que se cree descender á cámaras sepulcrales, una poblacion que parece huir de las miradas de los demas, he aquí lo que he notado en el cuartel judío: las gentes del pais dicen que la peste cuando llega al Cairo, invade desde luego este cuartel, donde hace mas destrozos que en otra parte: los judíos ejercen allí libremente su culto, y á pesar de que su poblacion no excede de tres mil almas, tienen ocho sinagogas, y están divididos en dos sectas, se gobiernan por sus leyes, tienen una policia particular, y no abrazan ninguna pro-

fesion mecánica mas que la de plateros; los que no pueden subsistir por su industria ó su comercio, viven mas bien de limosna que de el trabajo de sus manos. Cada año tienen la obligacion de coger el azadon y los instrumentos de albañilería, porque se les precisa á romper el dique del canal que atraviesa la ciudad; por lo demas, el cuartel de los judíos es el mas pacífico de la capital, y á pesar de las incomodidades que allí tienen, nunca lo abandonan por su gusto: cuando viajan hablan del Cairo como hablaban sus padres de la tierra prometida: *¿dónde está el Cairo?* decia una jóven judía que habia estado algunos meses en Paris, *¿dónde está el cuartel judío?* Por esto se puede calcular el imperio que tiene el hábito en nuestras sensaciones.

El movimiento y bullicio de la poblacion comienzan en el Cairo á las seis de la mañana, y se interrumpe en las horas del calor, esto es, desde el medio-dia hasta las tres de la tarde. Cuantos viajeros han escrito de Egipto, hablan del efecto pintoresco que produce en las calles y plazas el gentio variado que las llena, y de los numerosos contrastes que presentan: el rico y poderoso con sus vestimentas espléndidas y cargadas de oro, al lado del pobre lleno de harapos: el hombre de negocios, pasando violentamente junto al indolente santón que tirado con negligencia en el suelo, recibe los toques de las mugeres supersticiosas que esperan obtener por su contacto su curacion, ó bien otro favor milagroso: hombres de diversas religiones ó sectas, y de varias naciones que se distinguen entre sí por sus caracte-

teres físicos, y por sus trages originales: en medio de ellos, mugeres que bajo sus grandes velos ocultan las caras, sin que se vea otra cosa mas que los ojos, y que parecen fantasmas: despues abriendo camino entre la gente, el pollino aguijoneado por su amo petulante, allá el grave y lento camello, mas léjos, algun gran señor en su caballo magníficamente enjaezado, y la mula del curial que camina á paso suave y mesurado; en fin, numerosos jugadores de manos que divierten á los transeuntes, y contadores de consejas que en los cafés encantan al fumador ocioso y contemplativo. A estas singularidades de la poblacion, añádase la fisonomía particular que dan al Cairo las azoteas de sus casas, calles tortuosas, los innumerables minaretos que descollan sobre los edificios, y se tendrá una ciudad como no la hay en ninguna otra parte, una ciudad que tiene todo el carácter árabe.

Caravana de la Meca.—Cada año sale del Cairo, veinte dias despues del fin del Ramadan, una caravana de *Hadjis* ó peregrinos que van á la Meca. Un gran concurso de espectadores se reúne en las calles por las que desfila esta imponente comitiva. Los turcos tan poco curiosos en apariencia, cubren los techos y balcones de las casas, y ademas hacen levantar á sus puertas tablados, para colocar mayor número de curiosos.

Los principales personajes que toman parte en la funcion, están montados en caballos magníficos. La comitiva desfila en silencio. Los diversos gremios de artesanos están representados en ella por diputaciones que

desplegan banderas, en que están estampadas las insignias de sus profesiones respectivas; los bufones, colocados de trecho en trecho, interrumpen la monotonía y la gravedad del ceremonial.

La procesion comienza á las nueve de la mañana, y marcha en el orden que sigue:

Se ven por principio tres camellos, que cada uno lleva dos cañoncitos de cobre: otros camellos y un gran número de mulos van cargados de provisiones y de mercancías de toda especie, sacos de trigo ó de arroz, odres llenos de agua etc. Sobre algunos se ven hombres tocando un tambor ó címbalos: una muger con la cabeza descubierta y que representa una cortesana penitente, etc.

Hácia la mitad de la comitiva va un gefe árabe con una túnica blanca. Está montado sobre un caballo blanco, conducido por pages vestidos del mismo color y tiene en la mano derecha el estandarte de Mahoma. Este estandarte es de seda, y lleva escrita en lengua árabe la famosa divisa del Islamismo, *Alá es el solo Dios, y Mahoma es su profeta.*

Viene en fin un camello, que se escoje entre los de mayor estatura. Su freno está guarnecido de oro y piedras, y es conducido por dos gefes vestidos de verde. Sobre su espalda se eleva una especie de dosel de ocho piés de ancho, cubierto de paño verde, y bajo del cual está colocada la soberbia alfombra de Persia, que se debe hacer consagrar sobre el sepulcro del profeta. Felices los que pueden tocar de cerca este objeto precioso.

so. Los espectadores colocados en las ventanas, procuran hacer tocar á él los pañuelos que suspenden de un largo hilo.

Cierran la procesion trescientos árabes que marchan en desórden, llevando cada uno un fusil sobre el hombro izquierdo, un sable, un puñal y un par de pistolas en la cintura. Entre ellos se encuentran cuatro gefes montados sobre dromedarios, y á los que toda la reunion parece tener mucho respeto.

El cañon del castillo anuncia la salida de la comitiva de la ciudad, y continúa despues disparando á cada minuto.

Se camina así hasta las cuatro de la tarde, sin otra interrupcion que tres intervalos de diez y ocho minutos cada uno, durante los que los bufones, los danzarines y los músicos divierten á la multitud.

Van por la tarde á una aldea llamada Birky á algunas leguas del Cairo, donde se encuentra una fuente de agua excelente. Allí se arman las tiendas, y los peregrinos permanecen en ellas nueve ó diez dias esperando que su reunion esté enteramente completa, y que se hayan traído de la ciudad las provisiones necesarias. Cargan despues sus camellos, y se ponen en marcha luego que perciben la nueva luna.

Los agás de los genizaros y de las otras tropas, los mamelucos y las personas notables que forman parte de la procesion, sin emprender la peregrinacion, jamas pasan de Birky.

Los peregrinos llegan algunas veces al número de dos

mil. Tienen por escolta cerca de doscientos genizaros, y los seis cañoncillos llevados por los camellos, les sirven para defenderse contra los beduinos en caso de ataque. Ademas de esta tropa regular, los peregrinos se ven obligados á hacerse conducir por un millar de árabes, escogidos entre las diferentes tribus de los países por donde deben pasar. Sin esta precaucion no solo se correria el peligro de ser robado, sino que seria imposible procurarse la agua de los pozos del desierto, sino dando un combate cada vez que se necesitase.

No hay en todo el camino de Gaza á la Meca, sino dos lugares donde sea posible comprar víveres. Todo es extremadamente caro en la Arabia Petrea. De aquí resulta, que los que emprenden esta piadosa peregrinacion sin recursos pecuniarios suficientes, corren peligro de morir de fatiga, de calor, de hambre y de sed. Un miserable pajarraco se vende en mas de un peso de nuestra moneda; los corderillos, las cabras, los carneros se pagan á proporcion, y frecuentemente no puede conseguirse sino una corta racion de harina, de arroz, de agua y de sal.

Los habitantes de aquellas regiones no se mantienen mas que con pan, miel y algunos dátiles, y reservan las provisiones mas esquisitas para los peregrinos de la Meca á fin de sacarles algun dinero.

Cuando los peregrinos vuelven al Cairo, entran en el mismo órden y van á depositar su alfombra en la gran mezquita. El camello que la ha conducido no debe volver á trabajar: un individuo se encarga de ali-

mentarle y cuidarle hasta que muere de vejez. A pesar de su extrema sobriedad, su paciencia y su propiedad de conservar en uno de los cuatro estómagos de que le ha provisto la naturaleza una enorme cantidad de agua, este animal con dificultad resiste á las fatigas extraordinarias que de él se exigen. En la travesía del Cairo á Suez, que no es mas que de cuarenta á cuarenta y seis horas, incluidas en ellas las paradas, los camellos, dice Mr. Volney, ni comen ni beben. Mas estas dietas repetidas les debilitan como á todos los animales. Entónces tienen un aliento cadavérico: su paso ordinario es muy lento, pues no andan mas que mil setecientas ó mil ochocientas toesas por hora: es inútil apurarles: no andan mas breve, y pueden con pausas caminar quince ó diez y ocho horas por dia.

La carga ordinaria de los camellos es un peso de setecientas libras: se les da indiferentemente paja, yerba silvestre, huesos de dátiles machacados, cebada etc., por todo una libra de alimento seco y otra de agua cada dia. Se les hace caminar semanas enteras.

Todos los años el emir Hadji, es decir el gefe de la piadosa caravana, impone sobre los francos y sus cónsules comerciales una contribucion considerable á fin de subvenir á su gasto. Algunas veces se ha exigido en semejante ocasion hasta quince ó veinte mil patacas ó thalers de Alemania.

Al principio la contribucion era voluntaria y cada nacion hacia un presente anual de mil escudos. Poco á poco el gobierno del Cairo se ha hecho mas exi-

gente. Ya no hay para esto regla fija. „Así es, dice el viagero Parsons, como los derechos de aduana se han levantado insensiblemente hasta el doble de su importe primitivo, y lo mas triste es el que los alcahaleros fijan arbitrariamente el precio de las mercancías, y no hay modo de reclamar su decision.”

La caravana de Damasco marcha con poca diferencia en el mismo órden. El pachá que va á su cabeza en virtud de uno de los deberes impuestos á su cargo, se hace responsable de los accidentes que podrian sobrevenir por el camino. El mosallam ó gobernador del castillo le entrega en ciertas ocasiones el *senjak-scherifi*, ú oriflama del profeta, y el pachá se obliga ante testigos á volverla á traer.

Quando está de vuelta en Damasco se envian expresos á Constantinopla; llevan al gran señor agua del famoso pozo *Zemzen*, y dátiles cogidos en Medina.

En Damasco muchos ricos peregrinos se hacen llevar en literas; pero el mayor número viaja en cestos asegurados al lomo de los camellos.

Llegada á Suez la caravana, se embarca para Rabboch, á la otra orilla del mar Rojo. Allí todos los peregrinos, escepto las mugeres, se desnudan de sus vestidos y se envuelven en dos mantos llamados *hiram*: este traje es pintoresco en su simplicidad.

Algunas veces uno de estos mantos pasa por encima de su cabeza á guisa de capucha; pero mas frecuentemente tienen la cabeza descubierta, y los piés calzados con sandalias: van por tierra á la Meca. Es-

ta travesía es muy penosa: el ardor del sol quema su cutis y hace á veces hinchar la cabeza hasta el punto de causar una enfermedad mortal. Sin embargo, es permitido si hay peligro de la vida relajar un poco tales austeridades. Los devotos peregrinos vuelven á tomar en este caso sus vestidos; mas bajo la condicion de que cuando lleguen á la Meca, matarán un cordeiro y distribuirán la carne á los pobres.

Aquí comienza una penitencia de siete dias, durante las cuales es prohibido cortarse las uñas; debe haber abstinencia de toda enemistad, y deben abjurrarse los resentimientos, aun los mas legítimos: y por temor, segun parece, de perder la tranquilidad del alma esencial para su purificacion, *matando una pulga con demasiada cólera*, se recomienda al peregrino no atender contra la vida de los insectos que la devoran.

Hay en Dgedda, cerca de la Meca, personas cuyo oficio es servir de guías á los peregrinos é instruirles en el ceremonial que deben observar; bajo pena de quedar inútiles tantos trabajos para la salud de su alma.

Despues de las abluciones acostumbradas en las fuentes sagradas, los peregrinos dan la vuelta siete veces á la Kaaba ó santuario, y se deshacen en lágrimas, sea por los recuerdos que escitan en ellos estos santos lugares, ó sea por el arrepentimiento de sus pecados.

La gran mezquita de la Meca, destruida por los Waabytas, era un edificio cuadrado, y pasaba por el mas hermoso templo que existia en la Turquía entera. El techo y los numerosos minaretes deslumbraban con su

dorado. El interior presentaba soberbias tapicerías, homenaje de una multitud de príncipes.

La Kaaba en el centro de la mezquita, era tambien un edificio cuadrado de treinta piés de largo, sobre otros tantos de ancho, y veintidos de altura. Grandes trozos de piedra perfectamente pulida formaban su masa; pero no habia recibido del cincel ornato alguno extraño. El monumento estaba enteramente cubierto de una colgadura de seda, donde se leian sentencias árabes bordadas de oro.

El umbral de la puerta del monumento sagrado se encontraba á mayor altura que la que puede alcanzar un hombre de estatura comun; así es que no podia subirse sino por una especie de escala. La puerta enteramente cubierta de plata, estaba oculta los mártes y los viérnes por una cortina que colgaba hasta la tierra, y que se levantaba los demas dias.

Todas las partes del monumento, todo lo que tenia con él la mas ligera relacion, era objeto sagrado y de un culto piadoso para los peregrinos. Se les veia en tiempo de lluvia agruparse bajo una canal por donde corrian las aguas pluviales que habian regado el techo, y recibian sobre su cuerpo con delicia esta agua santa, esforzándose á beber algunas gotas de ella.

La agua del pozo de *Zemzem* no es ménos honrada por los mahometanos, pretenden que es mas dulce que la leche, pero los viageros que beben sin prevencion le encuentran un gusto salobre. Los peregrinos no temen beber con un exceso que les es fu-

nesto. Las disenterias y las erupciones cutáneas producidas por este brevage léjos de disipar su error, sirve para mantenerle; creen que esta purgacion violenta tiene el efecto de purificarlos al mismo tiempo de sus inmundicias espirituales. ¡Tan cierto es que hombres ciegos con el fanatismo tienen siempre respuesta á los mas sólidos argumentos!

La agua de *Zemzem* se guarda en vasijas de estaño: los peregrinos la llevan á su patria y obsequian con ella á sus amigos. Los que tienen la felicidad de recibirla en el hueco de la mano, tragan algunas gotas, y con el resto bañan su rostro y sus manos desnudas.

„Durante los cuatro meses que pasé en Meca, dice un viagero ingles, Mr. José Pilts, obtuve un favor que otros mil han solicitado en vano: entré allí dos veces. El musulman que penetra en este santuario debe tener levantada la mano derecha, pronunciar en alta voz estas palabras: „Salud, ó enviado de Dios” y hacer despues su oracion. Ninguno de los peregrinos se atreve á dirigir sus miradas alderredor: pretenden que los hombres que han tenido la audacia de dirigir sus ojos á la derecha ó á la izquierda, se han visto heridos con una ceguiedad repentina.

„En cuanto á mí, poco inquieto de las consecuencias de la contravencion á semejantes preceptos, examiné furtivamente los objetos que me rodeaban; mas no vi cosa notable. Dos columnas de madera que sostienen el techo del edificio: tres ó cuatro lámpara de plata colgadas de una vara de hierro, el suelo y las

paredes cubiertos de mármol, y colgaduras de telas de seda; he aquí lo que se presenta al observador.”

Los musulmanes hacen sus oraciones muy cortas. Despues de haber estado medio cuarto de hora en el recinto sagrado, se retiran los devotos y ceden á otros el puesto.

Niebuhr está conforme con José Pilts en hacer pocos elogios del recinto sagrado, llamado Kaaba, y asegurar que todo lo que los musulmanes cuentan de la riqueza de este lugar, de la abundancia de las lámparas y de los candelabros de oro y de plata es imaginario. Lo que hay, dice, mas notable en este edificio es la piedra negra, que está embutida en plata é incrustada en la pared en el ángulo del sud-oeste á poca distancia del suelo. Se pretende que fué traída del cielo por el ángel Gabriel para la construccion de la Kaaba.

En otro tiempo, dicen los musulmanes, esta piedra no solo era blanca sino que lanzaba un esplendor tan vivo, que se distinguia su luz á cuatro jornadas de distancia. Los pecados de los hombres la han empañado poco á poco, y ha acabado por ponerse del todo negra.

Esta piedra es el objeto de un culto constante: los peregrinos le besan cada vez que dan la vuelta á la Kaaba, ó se esfuerzan al ménos á tocarla con la mano, si les embaraza la multitud.

El cherif ó emir de la Meca es de la raza del profeta. Preside con grandes ceremonias al acto de barrer la Kaaba. Va á ella con una numerosa comitiva,